

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondientes al 2 de enero de 2015.

Amigos, corresponde por esta onda amiga al cierre de un año dar un mensaje a una audiencia y al país de este ciclo que se cierra al mismo tiempo que la vida continúa.

Todos sabemos que existen naciones, países, existen culturas, existen religiones, las más diversas. Todos sabemos que la humanidad, como ha podido, con sus avatares construye sistemas jurídicos más o menos eficientes para intentar guiar sus conflictos sociales, sus relaciones de propiedad, sus relaciones de trabajo. Eso acontece en nuestra América y en el mundo entero. Existen también inevitablemente las épocas de la historia humana que en su devenir van creando, nos demos cuenta o no, severas situaciones de cambio.

Para que resulte más claro, seguramente que para el sistema jurídico imperial de España sin ninguna duda Simón Bolívar o José Artigas y todos los libertadores no eran otra cosa que traidores a lo que consideraba el legítimo derecho de España. Pero para el derecho naciente de todas nuestras repúblicas, por el contrario, esos nombres constituyeron lo que fueron las gestas de nuestros libertadores.

Es que, amigos, es muy difícil que exista en el fondo algo que sea más político en esencia que una revolución. Todas las revoluciones triunfantes cambiaron no solo constituciones, leyes y códigos sino hasta cambiaron los valores con que se movía una sociedad. Y muy particularmente, cuando esas revoluciones, legítimas fuentes de derecho, cambiadoras de derecho, expresan en su devenir la emergencia triunfadora de clases sociales que se imponen.

Nuestra época, nuestro país, se gesta en ese largo período de afirmación republicana que tuvo la decisión de decirle no al derecho divino y nobiliario, algo que fue casi cotidiano, consuetudinario, a lo largo de muchos siglos, y tuvo que suscribir ese republicanismo hasta con sangre, una nueva visión del hombre, por lo menos una nueva visión teórica del hombre que los hombres somos iguales en derecho, que nadie es más que nadie. Este es el advenimiento del republicanismo. Algo que muy claro, desde los inicios de nuestra gesta libertadora quedó definido por el Artiguismo. Esto tan aparentemente cotidiano, muy frecuentemente lo olvidamos.

Creo que conviene refrescarlo, entender permanentemente que nadie es más que nadie y recalcarlo entre nosotros y a las generaciones que vienen, porque sencillamente, inevitablemente, en nuestras sociedades existen diferencias, algunas muy profundas, diferencias de clase que generan honradamente con frecuencia visiones que son antagónicas.

Esto existe y como existe, inevitablemente nuestra sociedad tiende por aquí y por allá a expresarse en mil formas distintas, generando conflictos, pero tienen una matriz común y es una ubicación distinta de ver la realidad del mundo y las relaciones humanas, hijas del sentido de pertenencia a clases distintas.

Pero por ello, porque esto existe y se para y antagoniza, hay que recordar ese sentido republicano de que nadie es más que nadie. Hay que construir permanentemente la vida y la convivencia de la sociedad partiendo y entendiendo esta realidad.

¿Qué significa esto? Si se tienen visiones distintas inevitablemente surgirán conflictos. Y es aquí, cuando se sabe que hay diferencias es que se debe extremar la afirmación de que nadie es más que nadie. Porque, en definitiva, lo más esencial es aprender a convivir con diferencias, aprender a soportar las diferencias y saber que nadie va a renunciar a lo que piensa y siente, pero más que nunca se debe entender la filosofía de que nadie es más que nadie y por lo tanto ser responsable de la tolerancia que asegura la convivencia.

El verdadero y hondo liberalismo no se ve en las concordancias sino que se ve cuando asegura la convivencia de lo diferente. Con respeto y con tolerancia y sin pretender la claudicación de nadie. Es en ese sentido que la afirmación republicana de que nadie es más que nadie adquiere un contenido que como país, como nación, todos estamos obligados a recordar y a defender.

Un año que se cierra no es otra cosa que un año que se abre, la vida continua, pero tenemos responsabilidad para la marcha de esa vida porque la evolución de una sociedad necesita más rápido o menos rápido una sucesión de cambios que son inevitables, porque los días y el tiempo no pasa inútilmente, siempre aparecen nuevas cosas, nuevas causas, nuevos deberes y naturalmente con ello surgen nuevos antagonismos. Por grande que sean nuestros antagonismos es mucho lo que hemos logrado en este pacto colectivo, tácito, que constituye la construcción de la nación, el preservarlo, el multiplicarlo, el ahondarlo, el defenderlo significa no solo cultivar la nación sino cultivar la libertad en el seno de la nación. Libertad para pensar distinto para ser distinto y para seguir soñando y luchando por lo que pensamos y sentimos.

¡Feliz año compatriotas!, ¡feliz vida!, ¡feliz contenido al milagro de la vida!